

AMOR Y CINE

Colección semanal

Núm. 7

Reginald Denny tiene cinco novias a la vez

POR

María de Olariaga



REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN :

Villarroel, 12 y 14

Ventas al contado : Unión, 19

BARCELONA

Esta novela es propiedad de la Editorial Garrofé en todos los países de habla española. Queda prohibida su reproducción

REVISADO POR LA PREVIA CENSURA

Imp. Garrofé.—Villarreal, 12 y 14.—Barcelona

LA TRAGEDIA DE REGINALD

Entre el torbellino de recuerdos que conservo de mi viaje a la Meca cinematográfica—Los Angeles, Hollywood—el más potente de todos es el de Reginald Denny, este atleta joven, jovial, de tan viril belleza, que todo el mundo, especialmente las mujeres—ha admirado en la pantalla.

Reginald Denny es todo simpatía. Los ojos, azules, tienen un irresistible atractivo. El conjunto del rostro es de una dulzura, de una serenidad que subyugan en seguida.

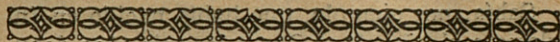
Yo conocía de Reginald Denny, como de la mayoría de los artistas de cine más populares, los datos biográficos más salientes, tantas veces leídos en las revistas profesionales.

AMOR Y CINE

Esta novela es propiedad de la Editorial Garrofé en todos los países de habla española. Queda prohibida su reproducción

REVISADO POR LA PREVIA CENSURA

Imp. Garrofé.—Villarreal, 12 y 14.—Barcelona



LA TRAGEDIA DE REGINALD

Entre el torbellino de recuerdos que conservo de mi viaje a la Meca cinematográfica—Los Angeles, Hollywood—el más potente de todos es el de Reginald Denny, este atleta joven, jovial, de tan viril belleza, que todo el mundo, especialmente las mujeres—ha admirado en la pantalla.

Reginald Denny es todo simpatía. Los ojos, azules, tienen un irresistible atractivo. El conjunto del rostro es de una dulzura, de una serenidad que subyugan en seguida.

Yo conocía de Reginald Denny, como de la mayoría de los artistas de cine más populares, los datos biográficos más salientes, tantas veces leídos en las revistas profesionales.

Sabía, por ejemplo, que había nacido en Inglaterra el año 1891. Que a los seis años debutó en el teatro, trabajando desde tan temprana edad constantemente.

Que a los diez y ocho años era ya primer galán joven del Teatro Nacional de Londres.

Que tenía una gran afición a los deportes, especialmente el boxeo, y que impulsado por esta afición abandonó las tablas para subir al «ring» como pugilista.

Que algunos años después volvió a la escena para dedicarse a la opereta, donde obtuvo clamorosos triunfos como barítono de potente y cultivada voz.

Sabía también muchas de las pintorescas aventuras que vivió a raíz de su viaje a la India, donde se casó con la célebre actriz dramática Irene Haisman.

Sabía todo eso y mucho más de su vida, por ser Reginald Denny uno de mis actores favoritos del arte mudo, y por eso tenía tantos deseos de conocerle personalmente.

No me sentí defraudada. Reginald es uno de esos hombres que irradian simpatía con su presencia.

Es alto, fornido. Se le adivina ágil, los miembros elásticos. Es el tipo perfecto del atleta moderno.

En Hollywood se le quiere mucho por su carácter sencillo, por su afabilidad.

Pero...

En toda vida hay un pero, que casi siempre equivale a una tragedia, y en la vida de Reginald Denny no podía faltar esta sombra negra.

El pero que debemos oponer a la felicidad de Regi, como se le llama familiarmente, es la desgracia tremenda que tiene con las mujeres...

—¿Es que no le aman?—preguntarán seguramente mis bellas lectoras, con el delicioso clavel de los labios fruncido por la contrariedad.

Todo lo contrario. Es que le quieren demasiado...

—¿Y eso es una tragedia?—dirán mis lectores en el colmo de la estupefacción.

En efecto. En el caso de Reginald, sí lo es.

Y sino, atended. Cuando conozcáis los detalles que voy a contaros, podréis decirme si tengo razón.

II

LA VIDA EN HOLLYWOOD

—Una tarde salimos de paseo Gloria X..., la célebre estrella, de quien me hice muy amiga y yo.

Gloria me iba contando las intimidades de los principales astros del cinema.

Paseábamos por la calle Central de Hollywood, esta amplia avenida asfaltada, con jardines lujosísimos a ambos lados, pertenecientes a los chalets y palacetes que se levantan majestuosos a derecha e izquierda, y que tantas veces hemos visto en película.

Nos íbamos cruzando con numerosos artistas conocidos, que salían de los estudios y se dirigían a sus hogares.

Gloria se detuvo ante la verja del jardín de

su chalet, y aun allí estuvimos hablando largo rato. Yo vivía en un Hotel que estaba dos esquinas más allá, y por esta razón no teníamos prisa en dejar nuestra charla, harto sabrosa por otra parte, como se podrá suponer.

Gloria me contaba muy pintorescos dealles de la vida íntima de las estrellas en Hollywood.

—La gente cree que cuanto dicen los periódicos de nuestros casamientos, de nuestros divorcios, de nuestros pleitos ruidosos, es mentira, son fantasías inventadas por los agentes de propaganda. Sin embargo, nada más real. Un par de meses que viva usted entre nosotros, será tiempo suficiente para comprender que cuanto le digo es verdad...

—Pero, ¿puede existir la felicidad entre ustedes, viviendo esta vida de torbellino, de inquietud constante, de luchas violentas y de pasiones desatadas?

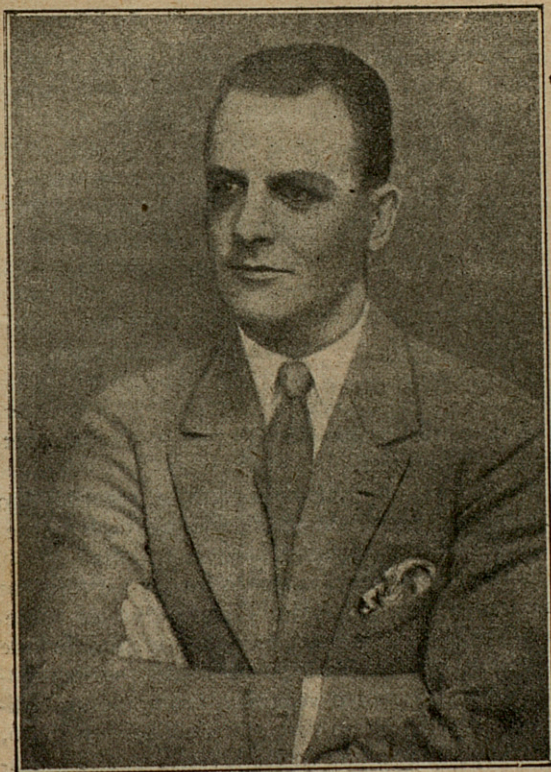
—¡Qué quiere usted! Nos acostumbramos fácilmente. La vida en Hollywood es tranquila materialmente, pero resulta un torbellino en sus aspecto moral. Acercarse a ella produce vértigo.

Me interesaba demasiado aquella conversación para que yo dejase marchar a mi amiga.

—¿Por qué no viene usted a tomar el te conmigo? Estaremos una hora en la terraza de mi Hotel, y usted seguirá dándome datos de esta encantadora sociedad de Hollywood...

Aceptó. También a Gloria—¡ mujer al fin !— le seducía aquel viaje alrededor de tantas vidas ajenas.

Llegamos al Hotel. Sentadas en la terraza, mordisqueando las pastas del te, veíamos pasar incesantemente aquella muchedumbre rumorosa y fotogénica, compuesta de operadores, escenaristas y « extras » en su mayoría, y de algún que otra « star », así masculina como femenina, cuyo paso era anunciado por una estela de palabras dichas a media voz, entre admirativas y envidiosas.



Reginald Denny es alto, fornido, ágil, de miembros elásticos; el tipo perfecto del atleta moderno

III

CURIOSIDADES DE LAS ESTRELLAS

Las confidencias de Gloria no podían ser más interesantes.

A la vista de un hombre gordo, recordé algo que siempre me había intrigado profundamente.

—¿Y Fatty—pregunté—, no trabaja?

—Hace ya tiempo. En todos los estudios se niegan a darle trabajo. Ahora vive en Nueva York. Fué a raíz de aquel escándalo que usted recordará. Fatty, embriagado, en compañía de tres o cuatro «extras», promovió una ruidosa reyerta en un restorán de noche y mató, según se dijo, a una de las jóvenes que le acompañaban. Le procesaron, y todo el mundo en Hollywood le negó el saludo. Tuvo que emigrar de aquí, a pesar de que fué absuelto por los tribunales...

Iba a pedir nuevos detalles del interesante suceso, pero Gloria no me dejó hablar.

—¿Ve estas dos muchachas?—díjome señalando dos jóvenes que pasaban frente a nuestra mesa—. Son Agnes Ayres y Clara Kimbal Young. Dos estrellas cuyos nombres recordará usted seguramente. Fueron célebres... Ahora, apenas si pasan de «extras» a pesar de que se conservan jóvenes y bellas todavía...

—¿Y cuál ha sido la causa de este fracaso?

—Muchas. Agnes Ayres se casó. Manolo Reachi, un popular actor italiano, la llevó al altar. Acaso fué dichosa un tiempo, pero su carrera artística, tan felizmente empezada, quedaba destrozada. Eran la admiración de Hollywood. Agnes creyó que aquella dicha sería eterna. Pero pronto los disgustos matrimoniales, que nunca faltan, aconsejaron el divorcio. Y Agnes Ayres quedó sin marido y sin carrera. La joven estrella fué olvidada del público en el tiempo que permaneció casada, y ahora interpreta papeles secundarios, y apenas si gana en un año lo que antes ganaba en una semana.

—¡Qué triste es todo eso!

—No lo sabe usted bien. Hay que vivirlo para saberlo. A Clara Kimbal Young le pasó algo parecido. Cayó en manos de directores ineptos, le dieron malos papeles en películas pésimas, y poco a poco fué perdiendo categoría. La brillante estrella perdió por momentos su

fulgor y ahora... ¡ya ve! está completamente apagada. Nadie se acuerda ya de su nombre.

—¡Cuántas humildes tragedias, que desconoce el público!

—Le podría contar a docenas. Podría citar el caso de Paulina Frederick, que después de haber ocupado el más alto pedestal de las estrellas, cobrando hasta 15,000 dólares a la semana, tuvo que marchar recientemente de Hollywood, reintegrándose en Londres a la escena hablada...

Yo recogía ávidamente cuantos detalles me facilitaba Gloria. Aquello tenía para mí un interés especialísimo.

—¡Cuénteme, cuénteme todo lo que sepa de artistas conocidos!—pedí—. A veces la gente se pregunta: «¿Qué habrá sido de tal o cual artista, que después de haber llegado a la cúspide de la popularidad, desaparece de repente?» Y he aquí que usted ahora levanta una punta del velo que cubre tanto misterio...

Gloria quedó un momento pensativa.

—¡Ah, qué poco sabe el público de los sufrimientos, de las amarguras de sus artistas favoritos! ¡Cuántas tristezas esconden las sonrisas de la mayoría de nosotros!

Calló, visiblemente emocionada. De repente, sonriendo con la boca casi tanto como con los ojos, me dijo:

—¿Nombres, quiere nombres? Pues allá van:

¿Recuerda a Sessue Hayakawa, el simpático actor japonés? Pues ahora está haciendo vodevil en las tablas... ¿Y la bella Geraldina Farrar? Está de cancionista... ¿Y Perla Blanca? En París, trabajando en un music-hall... ¿Y Alla Nazimova? Vieja y pobre, trabaja en el teatro... Pero, ahora que me doy cuenta. ¿Qué es eso? ¿Nos íbamos a poner tristes?

En efecto. El relato de tantas intimidades desgraciadas nos había sumido en una honda melancolía.

Por la amplia avenida seguía desfilando la muchedumbre cinematográfica. ¡Cuántas ilusiones, cuántos dolores, cuántos desengaños anidaban en aquellas cabecitas divinas de las muchachas, o tras los rostros sonrientes y rasurados de los hombres!

IV

LA SOMBRA DE RODOLFO VALENTINO

—Y dígame, Gloria, Rodolfo Valentino, ¿era verdaderamente como nos lo han presentado?

—Me alegro que me pregunté eso. Nunca se hablará bastante del llorado Ruddy... Sí, Rodolfo era tal cual lo conoce el público. Todo pasión, todo sentimiento, todo espiritualidad. Aunque parezca mentira, Valentino era, en efecto, el gran amoroso de la pantalla. De todos los actores que he conocido en plan de trabajo, sólo él estaba siempre dispuesto a filmar escenas de amor, las más difíciles de hacer, pues como es lógico suponer, los artistas han de «estar en situación» para dar verismo a tales ficciones... Por encima de todo hay que dar impresión de realidad, fuerza emotiva a tales escenas. Está probado que el artista que no

sabe irradiar simpatía y verismo en sus papeles, fracasa irremisiblemente en el cine. Rodolfo Valentino era un gran «radiador» de simpatías, especialmente entre las mujeres. Los artistas que, como Valentino, posean este poder, vivirán el amor, en la pantalla y en la vida, con la misma naturalidad y la misma fuerza... Todas las actrices que rodeábamos al gran astro desaparecido, así las más altas esrillas como las más humildes «extras», le quisimos con mayor o menor vehemencia, estuvimos enamoradas de él... ¿Por qué este apasionamiento colectivo? Sólo cabe explicárselo con esta hipótesis de la «radiación» afectuosa. Cuanto más se acerca un actor a la realidad en sus creaciones, más reales y hondas son las emociones que provoca. Esto explica el por qué de la rara simpatía que sienten las multitudes por determinados astros de la pantalla... Ahora mismo, tenemos un caso bien patente en Reginald Denny...

—¿Qué le ocurre a Reginald Denny?—pregunté anhelante.

—Luego hablaremos de él... Ahora, fíjese...

V

PASA CHARLOT, ENTRISTECIDO

—¿Conoce a este que viene?

Miré. Era un hombre de unos treinta años, elegantísimo, más bien bajo que alto, que venía con paso lento, la cabeza baja y los ojos fijos en el suelo, como si estuviese dominado por las más terribles preocupaciones.

De pronto le reconocí.

—¿No es Carlitos Chaplin?

—El mismo.

Le había reconocido, a pesar de que no era, ni mucho menos, su indumentaria, la del tipo característico que le ha hecho célebre. El genial artista, por el contrario, aparecía ahora como un perfecto «gentleman».

—¡Pobre Carlitos!—comentó Gloria.

—¿Qué le pasa?—inquirí, llena de curiosidad.

—Su mujer acaba de pedir el divorcio. ¡Con lo enamorado que está de ella Chaplin!

—¿Cuál es su mujer actual? Porque creo que ha tenido varias...

—Lita Grey. Artista de cine también, pero no de primera categoría.

Por aquellos días, el escandaloso proceso del divorcio de Charlot (1) apasionaba a todo Hollywood.

Gloria llamó al simpático artista.

—Pareces preocupado—le dijo, cuando estuvo junto a nuestra mesa—. ¿Puede aliviarte en algo mi amistad?

Chaplin estrechó la mano de su compañera. Estaba emocionado y sus ojos tristes reflejaban una honda gratitud.

—No estoy preocupado, no. ¡Estoy desesperado!—dijo con gravedad.

—No tienes motivo—dijo Gloria, por decir algo—. ¡Cuántos millones de seres envidian tu fortuna!

Charlot sonrió tristemente. Y dirigiéndose a mí, comentó:

—¡Fíjese, señorita! ¡Mi fortuna, dice Gloria, y una mujer a quien amo me desprecia!

(1) Véase el folleto titulado «El último divorcio de Charlot», perteneciente a esta misma colección.

Ibá a replicar algo, para animarle, pero Chaplin me atajó con rapidez:

—¡Usted me dirá que eso no tiene importancia! Es verdad: ¡pero a mí me pasa con demasiada frecuencia!

Gloria se echó a reír.

—Te ríes ¿eh? Pues no es para tomarlo a risa que digamos. Ya ves... A mí edad, aún no he podido encontrar una mujer capaz de comprenderme.

—Realmente—aceptó Gloria—es un poco desagradable. En primer lugar, por tus amistades, por la vida de sociedad. ¡Son tantos los comentarios!

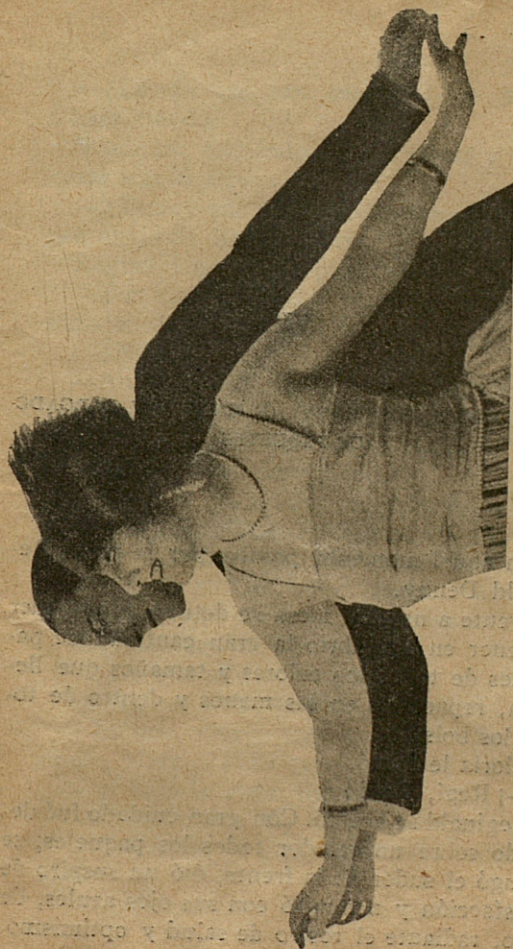
Chaplin sonrió tristemente:

—No tienes una idea...

—Pero por otra parte, acaso es un bien. ¡Piensa en lo tranquilo que te quedas! Esta tarde, por ejemplo, ¿quién podrá impedir que te quedas a comer con nosotras?

Chaplin tuvo un gesto de melancolía infinita.

—Sí... esta tarde estaré distraído... con ustedes... Pero ¿qué haré los demás días?



También Reginald, el atleta, se entrega a la danza con apasionada seriedad

VI

PASA REGINALD DENNY, OPTIMISTA Y CARGADO
DE PAQUETES

En aquel momento pasaba por la acera Reginald Denny.

Frente a nuestra mesa se detuvo para poder sostener en equilibrio la gran cantidad de paquetes de todos los colores y tamaños que llevaba, repartidos en las manos y dentro de todos los bolsillos.

Gloria le llamó.

—¡Regi, Regi!

Reginald se acercó. Con gran cuidado fué dejándolo sobre un velador todos los paquetes, se enjugó el sudor de la frente, dió un suspiro de satisfacción y nos miró con sus ojos azules, de niño, radiante el rostro de salud y optimismo.

—¿Dónde vas tan cargado?—le preguntó Gloria riendo.

Y añadió, haciéndonos a Chaplin y a mí un gesto significativo:

—¿Tienes que hacer todavía muchos encargos antes de llegar a casa?

Reginald aceptó la puya jovialmente.

—Por hoy, he hecho ya todos los encargos. Pero te equivocas, Gloria: no voy a casa...

—¿No?

—Antes quiero llevar estos bombones, estas botellas de champán y estos guantes a mi novia Florence, que vive en la calle 16...

—¡Pues tienes para rato!

—Iré en el coche. Porque después quiero llevar estos cigarrillos, estos pasteles, estas botellas de esencia y este tarro de mermelada a Mary Azor, allá en Villa Marta...

Nos echamos a reir estrepitosamente.

Reginald nos miró sorprendido.

—¿De qué se ríen ustedes?

Gloria, sin dejar de reir, le explicó:

—Es que, chico, eres un acaparador... Florence, Mary... Pero ¿qué las das?

Regi bajó la vista. Suspiró:

—Sí, realmente soy un acaparador...

Y adoptando un gesto de cómica resignación, añadió:

—¿Qué quieres? ¡Bastante pena tengo!

VII

LA BONDAD DE LAS MUJERES

Los tres nos miramos, sorprendidos. ¿Lo decía en serio?

Gloria comentó, dirigiéndose a Chaplin:

—He aquí una prueba evidente de que la vida es injusta. Regi presumiendo de conquistador, en el mismo momento en que tú te lamentas de tus fracasos amorosos...

Y volviendo la mirada hacia Reginald, añadió la estrella:

—Carlitos nos estaba confesando que no acaba de encontrar el corazón gemelo, y que hasta ahora las mujeres no le han proporcionado más que decepciones.

Reginald rió con toda la fuerza de sus pulmones.

—El secreto consiste en escogerlas bien—dijo—. ¡La cosa es muy fácil!

—¡Hombre!—intervino Charlot—. ¿Escoger en tales casos, como si se tratase de melones o de perros de caza?

—Es difícil, lo reconozco—aceptó Reginald.

—Además... ¡Quién es capaz de descubrir todo lo malo que oculta el alma pérfida de las mujeres!

Dijo Chaplin estas palabras con la vehemencia de los convencidos. Pero en seguida recordó que hablaba con dos mujeres y rectificó:

—¡Perdón! No sé lo que me digo...

Gloria fué magnánima:

—Estás en lo cierto, Carlitos. No somos buenas las mujeres...

Al oír esta afirmación, Reginald dió un salto de la silla en que estaba sentado.

—¡Alto ahí, señora mía! Las mujeres son lo mejor del mundo... Un dechado de perfecciones... La bondad misma...

Y entristeciéndose de repente, añadió compungido:

—¡Si lo sabré yo!

Gloria dijo irónicamente:

—Pero, chico... ¿Eres capaz de hacernos creer que las mujeres no te han producido nunca decepción alguna?

—¡Jamás! Creeréis que es una exageración, pero nada más cierto. No tengo que hacer el

menor reproche a ninguna de las angelicales mujercitas que han pasado por mi vida...

Y adoptando un tono confidencial, añadió:

—Esta misma Florence que voy a visitar ahora es de un carácter delicioso... Es buena, simpática, cariñosa, está siempre alegre...

Chaplin le escuchaba con asombro.

—¡Tienes mucha suerte, chico!—comentó.

—¡Demasiada, Carlitos, demasiada! ¿Para qué te voy a engañar? La verdad... En confianza... Confieso que esta Florence me aburre un poco... Hace un año que somos novios. Es mucho, ¿verdad? Hay momentos en que estoy deseando terminar de una vez. Pero ¿qué pretexto pongo? ¡Es tan buena Florence!

Charlot le miró indignado:

—¡Decir que te aburre tanta felicidad!

—No digo que me aburra, Carlitos. Digo que al cabo de un año va sintiendo una ganas de cambiar...

Gloria intervino con vehemencia:

—¿Y no cambias? Acabas de confesarnos con el mayor cinismo que después de visitar a Florence llevarás unos regalos a Mary Azor...

Reginald no se inmutó:

—Así es, en efecto. Pero eso no prueba nada.

—¿Cómo que no prueba nada?—preguntó Chaplin, en el colmo del estupor.

—Entonces, ¿por qué no dejas a una de las dos?—dijo Gloria.

Reginald tuvo un gesto de supremo abatimiento.

—¡No puedo!

Chaplin empezaba a indignarse francamente.

—Si amas a Florence, ¿por qué no dejas a Mary? Y si amas a Mary, ¿por qué no dejas a Florence? ¡La cosa es bien sencilla!

—¡No puedo, Carlitos, te digo que no puedo! ¡Son tan buenas! ¡Me quieren tanto!

Y acercándose más, fué diciendo lentamente, en voz baja, como si se confesase:

—Si Florence tuviese defectos, más aun, tuviese un defecto, uno solo, no lo pensaría un momento. Me agarraría a este defecto como pretexto y la abandonaría sin más explicaciones... Pero no tiene defectos... Es una mujer perfecta... Por lo tanto me veo obligado a seguir queriéndola... a pesar de tener a Mary... Que a su vez es también tan perfecta, que sería un crimen abandonarla... En esta situación, ¿qué os parece que debo hacer?

Nos miramos, en el máximo del estupor. ¿Hablaban en serio Reginald?

Gloria se lo dijo claramente:

—Querido Regi, tus argumentos no me convencen, no pueden convencer a nadie...

—¡Claro!—intervino Charlot—. Si Florence es perfecta, no sé porqué la engañas con Mary... ¡Eso es corresponder a un amor sincero con una falsedad!

VIII

¡ CINCO NOVIAS A LA VEZ !

Reginald suspiró:

—¡ Ay, amigo mío ! Eso parece a primera vista. Pero ya quisiera verte en mi lugar...

Y adoptando un tono confidencial, dijo solemnemente:

—¡ Florence es rubia !

Gloria no pudo reprimir una exclamación de asombro:

—¿ Y qué ? ¡ Las rubias son muy bonitas !

—Pero... ¡ es que Mary es morena ! Y las morenas son también muy bonitas. ¿ Comprendéis ahora mi tragedia ?

—¡ No, en absoluto !—decretó Chaplin—. Según tu argumento, podrías decirnos lo mismo que has dicho de una rubia y una morena



He aquí los bellos rostros de Florence, de Mary, de Flora, de Ruth, de Billie, los cinco amores del « infortunado » Reginald...

de una castaña, de una trigueña, de una roja...

—¡Y lo digo!—exclamó Reginald con vehemencia.

—¿Cómo?—exclamamos a un tiempo Gloria, Chaplin y yo.

—¡Lo digo! La castaña es Flora, que vive en Kansas, y la veo una vez a la semana...

—¿Otra novia?—replicó en el colmo del asombro Chaplin.

Pero Reginald siguió su relato:

—La trigueña es Ruth, que vive en Texas, a la que veo cada quince días...

—¿Entonces... son cuatro?—pidió anhelante Gloria.

Reginald, que se iba entristeciendo por momentos, rectificó:

—Ya puedes decir cinco... porque la roja es Billie, que vive en San Francisco, y la visito una vez al mes...

Quedamos mudos de asombro.

—¡Empiezo por fin a compadecerte!—sentenció Charlot.

Reginald, más triste que nunca, apenas si tuvo fuerzas para murmurar:

—Yo comprendo que eso no es muy noble. Pero ¿qué debo hacer?

Gloria intervino:

—¿Qué hacer? Liquidar todos tus amores y vuelve a la vida normal, queriendo, todo lo más, a una sola mujer...

El afortunado galán volvió a suspirar con más fuerza.

—¡Liquidar todo eso! ¿Crees que no pienso en ello? Pero no puedo hacerlo en modo alguno. No puedo abandonar a ninguna de esas muchachas...

—¿Y por qué?

—Porque las he escogido demasiado bien... ¡Me aman todas! ¡Me aman por amor! Soportan complacidas mis defectos, toleran mis rarezas, son cariñosas, honestas, hacendosas... ¿Cómo romper con ninguna de ellas? No me dan el menor pretexto... ¡Son tan buenas!

—¿Entonces...?—inquirió Gloria.

—¡He caído en las redes de la bondad femenina, y tengo que sufrir las consecuencias! La culpa es de ese maldito don que tengo de desentrañar con una sola mirada el alma de todas las mujeres... Descubro a las casquivanas, a las coquetas, a las egoistas, a las rencorosas, a las falsas... Esto, indudablemente, es una gran cosa. Pero confieso que a veces da malos resultados... ¡Tiene uno la obligación de conservarlas todas!

Calló. En el grupo se hizo un silencio profundo. De pronto Reginald miró su reloj de pulsera:

—¡Caramba, me va a faltar tiempo!

—Quédate con nosotros a comer—le ofreció Gloria.

—¡ Oh, imposible! Me esperan... —
 Recogió sus paquetes, hizo con ellos un informe montón, que parecía decidido a no guardar el equilibrio, nos estrechó la mano y fué rápidamente a confundirse con la multitud que invadía la avenida.

* * *

Y cuando se hubo perdido en la lejanía...
 —¿Qué? — preguntó Gloria a Chaplin—
 ¿Qué me dices de la suerte de Regi y de su don especial para no equivocarse nunca con las mujeres?

Carlitos no estaba ya tan triste como cuando llegó. Al contrario, sus ojos reflejaban una gran alegría.

—Prefiero mi desgracia a su suerte— comentó—. Me abandonan las mujeres pero... ¡vive tan tranquilo!

Hollywood, junio 1927.

FIN

En el próximo número publicaremos:

El hombre que se suicidó por Dorothy Dalton

Muy en breve publicaremos un número extraordinario, dedicado a la gentilísima estrella de la pantalla:

LILY DAMITA

donde la genial intérprete de *La poupée de París* cuenta a nuestro colaborador

Angel Marsá,

entre otras muchas confidencias amorosas:

Su última aventura de amor en Barcelona

Apresúrese a adquirir este volumen cuando aparezca

NUMEROS PUBLICADOS

- 1 — El más extraño amor de Rodolfo Valentino.
- 2 — Los dos grandes amores de Pola Negri.
- 3 — El último divorcio de Charlot. —
(Revelaciones sensacionales).
- 4 — El dulce encanto del amor de Colleen Moore.
- 5 — ¿Se casa John Gilbert con una española?
- 6 — De cómo el amor lanzó a la pantalla a Bebe Daniels.

